

Sobre el recordado Tony Judt

Ferran Archilés

Probablemente y por mucho tiempo, nos resultará imposible separar el nombre de Tony Judt de las crueles condiciones de su enfermedad y muerte. Cuando a finales del año 2009 empezamos a conocer, narradas de su propia mano, o mejor dicho: dictadas, en alguna de las crónicas en la *New York Review of Books* la situación de extremo deterioro físico producida por la ELA, el impacto fue enorme. Entre otras cosas, por la frialdad diseccionadora con que describía el estado en que se hallaba, una disección aterradora y lúcida.

Tony Judt había publicado en el año 2005 *Postwar*, el libro que lo convirtió definitivamente en un autor reconocido para un amplio público de historiadores y no historiadores en todo el mundo. A pesar de que se trataba de una obra voluminosa, de casi ochocientas páginas, su ágil estilo narrativo y la amplitud de su perspectiva (Judt incorporó en pie de igualdad la historia de la Europa del Este al relato de la Europa Occidental) hizo que el libro fuera un éxito de ventas traducido a diversas lenguas.¹

Hasta ese momento Judt era un autor conocido casi en exclusiva en el campo de los estudiosos de la historia de Francia, que se había movido desde la historia social de la política (de la izquierda francesa, sobre todo, en los años setenta²) al de la historia de los intelectuales franceses. En los últimos años, sin embargo, había empezado a ganarse un espacio (en gran medida por sus escritos en la *New York Review of Books*) como comentarista y polemista en

asuntos relativos a política exterior, y singularmente de la política exterior de los Estados Unidos y de Israel. De hecho, sus análisis y críticas del comportamiento seguido por el estado israelí, culminaron con el veto a impartir una conferencia, en octubre de 2006, en el consulado de Polonia en Nueva York. Ello generó un "affaire" Judt que motivó que prestigiosos intelectuales y académicos de Estados Unidos y Europa salieran en defensa de la libertad de expresión y el derecho de Judt a ejercer la crítica sobre el Estado de Israel, cualesquiera que fueran sus opiniones.³

En realidad, Judt parecía desenvolverse especialmente bien en este ámbito de la polémica informada y el análisis crítico del presente o del pasado reciente, pero con una perspectiva, siempre característica, de historiador. Pero ya fuera por vocación o por convicción, Judt se

mostraba dispuesto a ir más allá de los límites de la tarea académica estricta. La suya era una voluntad de *intervención* en la esfera pública, y ello explica en parte su estilo de escritura y el carácter polémico, belicoso de sus escritos y ensayos. Con toda razón, en el obituario dedicado a Tony Judt en las páginas de *The Economist* se decía de él: «Pocas son las personas en el mundo anglosajón que pueden llamarse a sí mismas "intelectuales", en el estilo continental, sin la sensación (y sin sonar) con extrañeza. Pero el caso del señor Judt merece una "I" mayúscula».⁴ A Judt ser calificado de intelectual al estilo del «continente» (esto es, de Francia), como después analizaremos, probablemente no le parecería un elogio. Pero lo cierto es que no resulta injusto señalar el parentesco.

Sobre el olvidado siglo XX es un volumen formado, precisamente por textos de esta naturaleza ensayística y polémica. Es la obra de un «intelectual» dispuesto a mos-



Tony Judt
Sobre el olvidado siglo XX,
Madrid, Taurus, 2010, 496 págs.

1. La traducción española se publicó al año siguiente. Tony Judt, *Posguerra: una historia de Europa desde 1945*, Madrid, Taurus, 2006. La traducción francesa apareció en 2007. El libro mereció el Prix du Livre européen, en 2008 en su segunda edición, un galardón creado por Jacques Delors.

2. Su obra más característica era Tony Judt, *Socialism in Provence, 1871-1914: a study in the origins of the modern french left*. Cambridge, Cambridge University Press, 1979.

3. Mark Lilla, Richard Sennet: «El caso Tony Judt: una carta abierta a la Liga Antidifamación», *Pasajes*, 25 (2007-2008), págs. 59-61.

4. Publicado el 12-8-2010 (www.economist.com).

trar el potencial de la historia para decirnos algo del mundo en que vivimos. Un papel de «intelectual» que menos que nadie, en efecto, han querido jugar los historiadores.

Sobre el olvido siglo XX es la obra que Judt publicó a continuación de su gran trabajo de síntesis, *Posguerra*, aunque en realidad la fecha de composición de la mayoría de los textos es anterior.⁵ Este libro no es ni pretende ser una obra unitaria salvo por el hecho de que todos los temas analizados pertenecen a la historia del siglo XX. En realidad, los temas abordados responden ante todo a las inquietudes de Judt a lo largo de las dos últimas décadas: historia contemporánea de Francia y Europa, historia de los intelectuales, o el estudio de la política estadounidense así como la política exterior israelí.

Se trata, en definitiva, de un conjunto diverso (compuesto por veinticinco escritos) de «ensayos», publicados aquí y allá (en publicaciones no especializadas como la NYRB), habitualmente como comentario de algún libro de aparición reciente, que el autor utiliza, sin embargo, como piedra de toque para elaborar su propio discurso. Constituye, por tanto, un trabajo que no presenta ningún metarelato o interpretación global del siglo XX, a diferencia por ejemplo, de las obras de Eric Hobsbawm o de Mark Mazower dedicadas a esa centuria, por no salir del mundo anglosajón, libros con los cuales inevitablemente puede y debe ser comparado.⁶ Otra cuestión sería interrogarnos sobre si en *Posguerra* Judt logró trazar o siquiera lo buscó, un metarelato de la historia europea reciente. Valdrá la pena, pues, leer esta obra junto con los capítulos del libro que nos ocupa.

Tampoco *Sobre el olvido siglo XX*, y a pesar de lo que pueda sugerir su título y la introducción («El mundo que hemos perdido») está unificado por una reflexión sobre la «memoria» del siglo XX.

Más allá del oportunismo editorial, el libro no está unido por estas costuras y no pertenece a la oleada memorialística (de la que, en el fondo, Judt siempre desconfió: sólo la historia, a su juicio, puede cumplir la función del recuerdo y el conocimiento⁷). Lo más cercano que el autor llega a estar de un hilo conductor unitario es cuando analiza el «compromiso» de los intelectuales y lo que éste conlleva. Se entiende, por tanto, que respecto del «comunismo». No olvidemos que Judt es autor de dos obras, *Pasado imperfecto* y *The Burden of responsibility* dedicadas a los intelectuales franceses, y que figuran entre sus trabajos mayores y más característicos.⁸ En estas obras, como en los diversos capítulos que dedica en *Sobre el olvido siglo XX*, se dibuja un claro distanciamiento de la gran utopía del siglo XX. En este sentido, son magníficos los textos que dedica a Louis Althusser y a Eric Hobsbawm. Aunque con un grado de respeto bien diferente hacia uno u otro (de hecho, ninguno respecto del primero) la dureza de fondo es manifiesta. Asimismo Judt hace extensiva su crítica al marxismo en su conjunto, como se aprecia en la crítica a Jacques Attali y su estudio sobre Marx, dentro del capítulo dedicado a Kolakowski, tal vez donde Judt revela más de su propia posición. Y es que Judt era un historiador que procedía, al menos en parte, de la historia social británica, y por tanto del marxismo, en el que se formó en los años sesenta, un mundo del que se alejaría posteriormente. Puede resultar muy interesante comparar la trayectoria de Judt con la que traza alguien de su misma generación y similar procedencia social (aunque formado en el otro polo de Oxbridge, en el Balliol College y no en el King's College de Cambridge), Geoff Eley en su autobiografía intelectual. Donde por cierto aparece evocado Judt, y no en los términos más amables, por la dureza de sus pos-

5. Tony Judt, *Sobre el olvido siglo XX*, Madrid, Taurus, 2008. (La edición original, aparecida el mismo 2008, llevaba por título *Reappraisals. Reflections on the forgotten Twentieth Century*).

6. Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX, 1914-1991*, Barcelona, Ed. Crítica, 1995; M. Mazower, *La Europa negra: desde la gran guerra hasta la caída del comunismo*, Barcelona Ediciones B, 2001. Este último, por cierto, es por derecho propio una obra magnífica, que pasó sin pena ni gloria en el mercado editorial español.

7. Véase al respecto, el epílogo de *Posguerra* (titulado «Desde la casa de los muertos: un ensayo sobre la memoria europea moderna»).

8. T. Judt, *Pasado imperfecto. Los intelectuales franceses, 1944-1956*, Madrid, Taurus, 2007 (ed. original, 1992); T. Judt: *The Burden of responsibility: Blum, Camus, Aron and the French Twentieth Century*, Chicago, Chicago University Press, 1998.

turas ante la deriva de la historia social en la década de los setenta.⁹

Pero no se trata sólo de una cuestión de afinidades ideológicas. Es evidente que Tony Judt, optó por no escribir más historia social ni le interesó la renovación de la historia cultural, a diferencia de Eley. El eje de sus escritos es la historia política e intelectual y *Sobre el olvidado siglo xx* constituye un ejemplo magnífico de sus intereses (y de la amplitud de los mismos). En realidad esta obra, tal vez, dice poco a un historiador desde un punto de vista teórico o metodológico. En cambio la calidad de sus análisis es extraordinaria. Como él mismo señalara a propósito de Eric Hobsbawm, e independientemente de sus críticas, también podríamos decir que Judt escribe «historia inteligible para lectores cultos». El mejor ejemplo que se me ocurre es el capítulo que dedica a analizar el trabajo de John Lewis Gaddis sobre la guerra fría y que es, en sí mismo, una magnífica interpretación de síntesis del periodo. Lo mismo podríamos decir de capítulos como los que dedica a la «caída» de Francia en 1940 o a la obra de Michael Orren sobre la Guerra de los Seis Días.

Eso sí, al terminar la lectura del libro, el lector puede quedar desconcertado: Judt se ha mostrado crítico con el comunismo y sus legados, elogioso con la figura de Edward Said, crítico con la política que siguen los EE.UU., especialmente George Bush, muy escéptico con el blando laborismo de Tony Blair o con ciertas actitudes del Estado de Israel. Asimismo hay que recordar que en su penúltimo libro publicado, Judt se lanzaba a una demoledora crítica del neoliberalismo (más radical, por cierto que las páginas que podemos rastrear en *Posguerra* o en cualquiera otro de sus trabajos) y en defensa de una versión no blairista de la socialdemocracia concentrada en la defensa del papel del Estado y contra el fundamentalismo de los «mercados».¹⁰ ¿Quién

es Tony Judt, entonces? Efectivamente Tony Judt es un autor incómodo, belicoso y que siempre dice la suya. Un autor brillante en el ensayo breve, impresionista y mordaz ¿Un intelectual, tal vez...?

En mi opinión, para entender el «punto de vista» desde el que nos habla el intelectual que es Tony Judt, debemos paradójicamente entender aquello que le llevó a desmarcarse de los afectos que han caracterizado alguna de las grandes pasiones del siglo xx. En su caso, como en el de los intelectuales franceses, el marxismo, pero también el sionismo. Tras la muerte de Judt, ha visto la luz una recopilación de textos que había compuesto en los últimos meses de vida, bajo el título de *The memory Chalet*, y que en su conjunto, cumplen la función de ser una especie de autobiografía. Es curioso que en ella podamos leer que «el baño caliente de la identidad siempre me ha sido extraño» al referirse a ciertas «políticas de la identidad» y en concreto la que podría derivarse de sus orígenes judíos tanto en la familia paterna como materna.¹¹ Y digo curioso porque es el mismo autor el que nos relata cómo durante tres veranos y hasta 1967, fue un ferviente sionista que pasaba las vacaciones en un kibbutz israelí.

Y algo parecido sucede con su filiación marxista, que el autor tiende a minimizar, particularmente distanciándose de los excesos, que caricaturiza con humor y resentimiento, de los alumnos de la École Normale Supérieure de París antes y después de 1968, a quienes dedica páginas punzantes.¹² «Ante nuestros ojos al menos, éramos una generación revolucionaria. Lástima que nos perdimos la revolución», señala.¹³ Porque, la revolución estaba en Praga no en París. En realidad, Judt de eso debió darse cuenta más tarde, ya en los años ochenta cuando (como narra de manera característicamente autoirónica) para resolver una crisis de mediana edad, ade-

9. Geoff Eley, *Una línea torcida: De la historia cultural a la historia de la sociedad*, PUV, 2008, págs. 178-179.

10. T. Judt, *Ill fares the land*, Nueva York, The Penguin Press, 2010 (hay traducción española: *Algo va mal*, Madrid, Taurus, 2010).

11. T. Judt, *The memory Chalet*, Nueva York, The Penguin Press, 2010, pág. 203.

12. Véanse, en este sentido los comentarios sobre algunas de las limitaciones en el estudio de este periodo que trazó en su reseña de *Posguerra*, Geoff Eley, «Europe after 1945», *History Workshop Journal*, 65, 2008, págs. 195-212. En mi opinión el análisis del comunismo europeo occidental resulta completamente inadecuado (e incluso ausente, como sucede con el comunismo español —y en general con la historia española).

13. T. Judt, *the Memory Chalet*, op. cit., pág. 126.

más del preceptivo divorcio, tomó la decisión de aprender checo. Ello le abrió la mirada hacia un mundo distinto, y le permitió concebir como historiador una Europa integrada. De hecho, fue lo que le permitió escribir *Posguerra*, señala.

En esta reflexión hay mucho de sincero, pero también mucho de racionalización retrospectiva. Si rastreamos las obras importantes de Judt, veremos que la mayoría están escritas tras 1989 y su impacto. Un impacto que fue definitivo en un sentido muy profundo en Judt (a pesar de estar casi ausente en *The memory Chalet*). No creo que su visión sobre los intelectuales franceses (su visión de Sartre como enemigo a batir frente a Camus o Aron) fuera posible antes de aquellas fechas, con independencia de que la sensibilidad de Judt ya hubiera mutado. Tampoco sobre la cuestión israelí había escrito demasiado anteriormente, por cierto.

Claro está que Judt, en sus ya definitivamente últimos escritos, quiso presentarse a sí mismo como un liberal (y como un socialdemócrata: para él no eran términos antitéticos) desarraigado, un cosmopolita (cuya carrera académica se ha desempeñado en los últimos veinticinco años en Nueva York). Su patria era, en todo caso, la de la infancia perdida de un londinense de abuelos judíos con raíces en el este de Europa. Sin duda, ello no lo explica todo y desde luego no basta para explicar el propio pasado, sólo su mirada personal sobre él (y en el fondo una cierta afectación de distanciada desarraigo *à la page*). Aunque tal vez sí que explique su obra madura, una vez decidió deshacerse de su propio pasado marxista y sionista, pero no de algunas de las viejas pasiones, aunque redirigidas. Nunca abandonó sus «compromisos» aunque con los años los concibiera de manera distinta.

Ello me lleva a una última y necesaria reflexión sobre la naturaleza del esti-

lo historiográfico de Tony Judt. Si tomamos en su conjunto los ensayos de *Sobre el olvidado siglo XX*, tanto como si tomamos *Posguerra*, lo que encontramos es un modelo ecléctico de práctica de la disciplina histórica, con un marcado sabor, tal vez y sobre todo, a historia a la manera más clásica de la escuela de los *Annales*, pero con un énfasis muy anglosajón en la historia política. En *Posguerra* destaca, sin duda, la capacidad de integración de la historia socioeconómica con la historia política. El ámbito de lo cultural y de la historia cultural, en este sentido, parece visto como un «tercer nivel», un añadido, no anecdótico pero sí subsidiario. En *Sobre el olvidado siglo XX* ni siquiera es necesario integrar un modelo unificado: fluye el énfasis en lo político y en una escritura de la historia narrativamente orientada en torno a ello. Asimismo, en trabajos como *Pasado imperfecto*, su modelo explicativo se basa en una historia intelectual bastante clásica, sin abordar las complejidades ni de esta misma disciplina ni de la historia de los intelectuales o la historia cultural.

No siempre el desprecio hacia la teoría fue característico de Judt, pero sí que lo es en sus últimas obras. En sus propias palabras: «En el seno de la Universidad, muchos colegas me miran como si fuera un dionosaurio reaccionario. Es comprensible: enseñé el legado textual de europeos que murieron hace mucho; tengo muy poca tolerancia hacia el valor de la “autoexpresión” como sustituto de la claridad; contemplo el esfuerzo como un pobre sustituto de los logros; trato mi disciplina como algo que depende en primera instancia de los hechos, no de la “teoría”; y veo con escepticismo gran parte de lo que pasa por ser conocimiento académico hoy en día. Para las costumbres académicas prevalecientes soy incorregiblemente conservador».¹⁴ Por supuesto que no hay ni

14. T. Judt, *The memory Chalet*, op. cit., pág. 205.

un ápice de disculpa en este párrafo, al contrario. Judt, con toda la ironía de su estilo, nos resume su rechazo de cualquier innovación producida desde el impacto del giro lingüístico y cultural en adelante (además de las cambiantes condiciones de un modelo educativo no sólo elitista, de un elitismo académico al que se adscribió entusiásticamente). En efecto, una actitud bastante conservadora y que tal vez arroje alguna duda sobre el legado final de su obra y su perdurabilidad, pero que puede explicar en parte su favorable acogida (la reservada a la historia política más narrativa) mientras otras formas de renovación de la historia (las de más

calado, en el fondo) rara vez alcanzan la visibilidad deseable.

Tony Judt creyó hasta el final de sus días en el papel del historiador como figura pública que tenía algo que decir y debía hacerlo. Si lo que perdurará de él es su obra o el ejemplo como intelectual, es algo que no podemos saber. A él (que ni siquiera se enamoró de París...) le hubiese horrorizado que en el futuro su figura fuera estudiada como la del más francés de los historiadores anglosajones, pero eso es algo que no podemos descartar. ■

Ferran Archilés Cardona es profesor del departamento de Historia Contemporánea de la Universitat de València.